

Carta apostólica "In unitate fidei" del Papa León XIV con motivo del 1700 aniversario del Concilio de Nicea, 23/11/2025

1. **En la unidad de fe**, proclamada desde los inicios de la Iglesia, los cristianos están llamados a caminar en armonía, preservando y transmitiendo con amor y alegría el don que han recibido. Se expresa en las palabras del Credo: "Creemos en Jesucristo, el Hijo Unigénito de Dios, que descendió del cielo para nuestra salvación", formulado por el Concilio de Nicea, el primer evento ecuménico en la historia del cristianismo, hace 1700 años.

Mientras me preparo para emprender mi Viaje Apostólico a Turquía, con esta carta deseo fomentar en toda la Iglesia un renovado impulso en la profesión de la fe, cuya verdad, que durante siglos ha sido patrimonio compartido entre los cristianos, merece ser confesada y profundizada de una manera siempre nueva y oportuna. En este sentido, se aprobó un documento valioso de la Comisión Teológica Internacional: *Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador. El 1700º aniversario del Concilio Ecuménico de Nicea*. Me refiero a ella porque ofrece perspectivas útiles para una comprensión más profunda de la importancia y actualidad del Concilio de Nicea, no solo teológico y eclesial, sino también cultural y social.

2. **"Comienzo del Evangelio de Jesús, Cristo, Hijo de Dios"**: así es como San Marcos titula su Evangelio, resumiendo todo su mensaje precisamente en el signo de la filialidad divina de Jesucristo. De la misma manera, el apóstol Pablo sabe que está llamado a proclamar el Evangelio de Dios sobre su Hijo que murió y resucitó por nosotros (cf. *Rom* 1:9), que es el "sí" definitivo de Dios a las promesas de los profetas (cf. *2 Cor* 1:19-20). En Jesucristo, el Verbo que fue Dios antes de su tiempo y por quien se hicieron todas las cosas, dice el prólogo del Evangelio de San Juan: "se hizo carne y habitó entre nosotros" (*Jn* 1:14). En él, Dios se hizo nuestro prójimo, de modo que todo lo que hacemos a cada uno de nuestros hermanos y hermanas, se lo hicimos a él (cf. *Mt* 25:40).

Por tanto, es una casualidad providencial que en este Año Santo, dedicado a nuestra esperanza que es Cristo, también celebremos el 1700 aniversario del Primer Concilio Ecuménico de Nicea, que proclamó en 325 la profesión de fe en Jesucristo, el Hijo de Dios. Este es el corazón de la fe cristiana. Incluso hoy, en la celebración eucarística dominical, pronunciamos el Credo Niceno-Constantinopolitano, una profesión de fe que une a todos los cristianos. Nos da esperanza en los tiempos difíciles en los que vivimos, en medio de muchas preocupaciones y miedos, amenazas de guerra y violencia, desastres naturales, graves injusticias y desequilibrios, hambre y miseria sufridas por millones de nuestros hermanos y hermanas.

3. **Los tiempos del Concilio de Nicea no fueron menos turbulentos**. Cuando comenzó, en 325, las heridas de la persecución contra los cristianos seguían abiertas. El Edicto de Tolerancia de Milán (313), emitido por los dos emperadores Constantino y Licinio, parecía anunciar el amanecer de una nueva era de paz. Sin embargo, tras amenazas externas, pronto surgieron disputas y conflictos en la Iglesia.

Arrio, un presbítero de Alejandría, Egipto, enseñó que Jesús no es verdaderamente el Hijo de Dios; aunque no es una criatura simple, sería un ser intermedio entre el Dios inalcanzable y nosotros. Además, llegaría un momento en que el Hijo "no lo era". Esto estaba en línea con la mentalidad generalizada de la época y, por tanto, era plausible.

Pero Dios no abandona a su Iglesia, siempre levantando hombres y mujeres valientes, testigos en la fe y pastores que guían a su pueblo y les muestran el camino del Evangelio. El obispo Alejandro de Alejandría se dio cuenta de que las enseñanzas de Arrio no eran en absoluto coherentes con las Sagradas Escrituras. Como Arrio no era conciliador, Alejandro convocó a los obispos de Egipto y Libia para un sínodo que condenaba la enseñanza de Arrio; luego envió una carta a los demás obispos de Oriente para informarles en detalle. En Occidente, el obispo Hosius de Córdoba, en España, que ya había demostrado ser un ferviente confesor de la fe durante la persecución bajo el emperador Maximiano y gozaba de la confianza del obispo de Roma, el papa Silvestre, estuvo activo.

Sin embargo, incluso los seguidores de Arrio se unieron. Esto condujo a una de las mayores crisis en la historia de la Iglesia en el primer milenio. La razón de la disputa, de hecho, no era un detalle secundario. Era el centro de la fe cristiana, es decir, la respuesta a la pregunta decisiva que Jesús había hecho a los discípulos en Cesarea de Filipo: "¿Quién decís que soy?" (*Mt*16:15).

4. **A medida que estallaba la controversia**, el emperador Constantino se dio cuenta de que, junto con la unidad de la Iglesia, la unidad del Imperio también estaba amenazada. Luego convocó a todos los obispos a un concilio ecuménico, es decir, universal, en Nicea, para restablecer la unidad. El sínodo, conocido como los "318 Padres", tuvo lugar bajo la presidencia del emperador: el número de obispos reunidos era sin precedentes. Algunos aún llevaban las marcas de la tortura sufrida durante la persecución. La gran mayoría de ellos provenía del Este, mientras que parece que solo cinco eran occidentales. El papa Silvestre se confió a la figura teológicamente autoritaria del obispo Hosius de Córdoba y envió a dos sacerdotes romanos.

5. Los Padres del Concilio dieron testimonio de su fidelidad a la Sagrada Escritura y a la Tradición Apostólica, tal como fue profesada durante el bautismo según el mandato de Jesús: «Id y haced discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (*Mt* 28:19). En Occidente existían varias fórmulas, incluyendo el llamado Credo de los Apóstoles¹. En Oriente, también, existían muchas profesiones bautismales, de estructura similar. No era un idioma erudito y complicado, sino más bien —como se dijo más tarde— el lenguaje sencillo que entendían los pescadores del mar de Galilea.

Sobre esta base, el Credo Niceno comienza profesando: "Creemos que *hay un solo* Dios, el Padre Todopoderoso, el Creador de todas las cosas visibles e invisibles"² [2] Con esto, los Padres del Concilio expresaron fe en el único y verdadero Dios. En el Concilio no hubo controversia al respecto. En su lugar, se discutió un segundo artículo, que también utiliza el lenguaje de la Biblia para profesar la fe en "*un solo* Señor, Jesucristo, Hijo de Dios." El debate se debió a la necesidad de responder a la pregunta planteada por Ario sobre cómo debía entenderse la afirmación "**Hijo de Dios**" y cómo podía reconciliarse con el monoteísmo bíblico. Por ello, el Concilio fue llamado a definir el significado correcto de la fe en Jesús como "el Hijo de Dios".

Los Padres confesaron que Jesús es el Hijo de Dios en la medida en que es "*de la sustancia (ousia) del Padre...engendrada, no creada, de la misma sustancia (homooúsios) que el Padre.*" Con esta definición, la

¹ Denzinger – Hünermann, *Enchiridion Symbolorum*, Bolonia 2018 (en adelante DH), 30.

² *Ibid.*, 125.

tesis de Ario fue rechazada radicalmente³. Para expresar la verdad de la fe, el Concilio utilizó dos palabras, "sustancia" (*ousia*) y "de la misma sustancia" (*homooúsios*), que no se encuentran en las Escrituras. Al hacerlo, no quiso sustituir las afirmaciones bíblicas por la filosofía griega. Por el contrario, el Concilio utilizó estos términos para afirmar claramente la fe bíblica, distinguiéndola del error helenizador de Ario. Por tanto, la acusación de helenización no se aplica a los Padres Nicenos, sino a la falsa doctrina de Ario y sus seguidores.

En el lado positivo, los Padres Nicenos querían firmemente permanecer fieles al monoteísmo bíblico y al realismo de la Encarnación. Querían reafirmar que el único Dios verdadero no es inalcanzable para nosotros, sino que al contrario se ha acercado y ha venido a encontrarse con nosotros en Jesucristo.

6. Para expresar su mensaje en el lenguaje sencillo de la Biblia y de la liturgia familiar a todo el Pueblo de Dios, el Concilio adopta algunas formulaciones de la profesión bautismal: "Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero". El Concilio retoma entonces la metáfora bíblica de la luz: "Dios es luz" (1 Jn1:5; cf. Jn1:4-5). Como la luz que irradia y se comunica sin fallar, así el Hijo es el reflejo (*apáugasma*) de la gloria de Dios y la imagen (*carácter*) de su ser (*hipóstasis*) (cf. Heb1:3;2 Cor4:4). El Hijo encarnado, Jesús, es por tanto la luz del mundo y de la vida (cf. Jn8:12). A través del bautismo, los ojos de nuestro corazón se iluminan (cf. Ef. 1:18), para que nosotros también podamos ser luz en el mundo (cf. Mt5:14).

Finalmente, el Credo afirma que el Hijo es "Dios verdadero de Dios verdadero". En muchos lugares, la Biblia distingue los ídolos muertos del Dios verdadero y vivo. El verdadero Dios es el Dios que habla y actúa en la historia de la salvación: el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que se reveló a Moisés en la zarza ardiente (cf. Ex3:14), el Dios que ve la miseria del pueblo, escucha su clamor, los guía y los acompaña por el desierto con la columna de fuego (cf. Éx13:21), le habla con una voz de trueno (cf. Deut5:26) y tiene compasión por él (cf. Hos11:8-9). Por ello, el cristiano está llamado a convertirse de ídolos muertos al Dios vivo y verdadero (cf. Hechos12:25;1 Tess1:9). En este sentido, Simón Pedro confiesa a Cesarea Filipos: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mt16:16).

7. El Credo Niceno no formula una teoría filosófica. Profesa fe en el Dios que nos redimió por medio de Jesucristo. Es una cuestión del Dios viviente: quiere que tengamos vida y que la tengamos en abundancia (cf. Jn10:10). Por esta razón, el Credo continúa con las palabras de la profesión bautismal: el Hijo de Dios que "por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendimos y se encarnó y se hizo hombre, murió, al tercer día resucitó, ascendió al cielo y vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos". Esto deja claro que las afirmaciones cristológicas de fe del Concilio están incrustadas en la historia de la salvación entre Dios y sus criaturas.

San Atanasio, que había participado en el Concilio como diácono del obispo Alejandro y le sucedió en la sede de Alejandría en Egipto, enfatizó varias veces y con gran fuerza la dimensión soteriológica que expresa el Credo Niceno. De hecho, escribe que el Hijo, que descendió del cielo, "nos hizo hijos del Padre y, habiendo hecho hombre él mismo, divinizó a los hombres. No se convirtió en Dios a partir del hombre que era, sino del Dios que fue se hizo hombre para poder divinizarlos"⁴. Solo si el Hijo es verdaderamente

³ De las afirmaciones de San Atanasio en *Contra Arianos* I, 9, queda claro que *homooúsios* no significa "de igual sustancia", sino "de la misma sustancia" que el Padre; no es, por tanto, una cuestión de igualdad de sustancia, sino de identidad de sustancia entre Padre e Hijo. Por tanto, la traducción latina de *homooúsios* hace referencia acertadamente a *unius substantiae Patre* (cf. DH 125).

⁴ *Contra Arianos* I, 38, 7-39, 1

Dios es posible: ningún ser mortal puede, de hecho, derrotar a la muerte y salvarnos; solo Dios puede hacerlo. Es él quien nos liberó en su Hijo hecho hombre para que pudiéramos ser libres (cf. *Gál5:1*).

En el Credo Niceno, el verbo *descendit*, "descendido", merece ser enfatizado. San Pablo describe este movimiento con expresiones fuertes: "[Cristo] se vació en forma de siervo, hecho a semejanza de hombres" (*Filip2:7*). Como escribe el prólogo del Evangelio de San Juan, «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (*Jn1:14*). Por esta razón, la Carta a los Hebreos enseña: «No tenemos sumo sacerdote que no sepa compartir nuestras debilidades: él mismo fue probado en todas las cosas como nosotros, excepto en pecado» (*Heb4:15*). La noche antes de su muerte, se agachó como un esclavo para lavar los pies de sus discípulos (cf. *Jn13:1-17*). Y el apóstol Tomás, solo cuando pudo meter los dedos en la herida del costado del Señor Resucitado, confesó: "¡Señor mío y Dios mío!" (*Jn20:28*).

Es precisamente por virtud de su Encarnación que encontramos al Señor en nuestros hermanos y hermanas necesitados: "Así como vosotros les hicisteis a ellos, vosotros me lo hicisteis a mí" (*Mt25:40*). Por tanto, el Credo Niceno no nos habla del Dios que está distante, inalcanzable, inmóvil, descansando en sí mismo, sino del Dios que está cerca de nosotros, que nos acompaña en nuestro viaje por los caminos del mundo y en los lugares más oscuros de la tierra. Su inmensidad se manifiesta en el hecho de que se hace pequeño, se despoja de su majestad infinita, haciéndose nuestro vecino en los pequeños y en los pobres. Este hecho revoluciona las concepciones paganas y filosóficas de Dios.

Otra palabra del **Credo Niceno** es especialmente reveladora para nosotros hoy. La afirmación bíblica "se hizo carne", aclarada insertando la palabra "hombre" después de la palabra "encarnado". Así, Nicea se distanció de la falsa doctrina según la cual el *Logos* habría asumido solo un cuerpo como recubrimiento externo, pero no el alma humana, dotada de intelecto y libre albedrío. Al contrario, quiere afirmar lo que el Concilio de Calcedonia (451) habría declarado explícitamente: en Cristo, Dios asumió y redimió al ser humano en su totalidad, con cuerpo y alma. El Hijo de Dios se hizo hombre, explica San Atanasio, para que nosotros, los hombres, pudiéramos ser divinizados⁵. Esta comprensión luminosa de la Revelación divina había sido preparada por San Ireneo de Lyon y por Orígenes, y luego desarrollada con gran riqueza en la espiritualidad oriental.

La divinización no tiene nada que ver con la autodeificación del hombre. Al contrario, la divinización nos protege de la tentación primordial de querer ser como Dios (cf. *Gentiles 3:5*). Lo que Cristo es por naturaleza, nos convertimos por gracia. A través de la obra de la redención, Dios no solo ha restaurado nuestra dignidad humana como imagen de Dios, sino que Aquel que nos creó de manera maravillosa nos ha hecho compartir, de una manera aún más maravillosa, su naturaleza divina (cf. *2 Pedro1:4*).

Por tanto, la divinización es verdadera humanización. Por eso la existencia del hombre apunta más allá de sí mismo, busca más allá de sí mismo, desea más allá de sí mismo y está inquieto hasta descansar en Dios: ⁶ *Deus enim solus satiat, ¡solo Dios satisface al hombre!*⁷. Solo Dios, en su infinitud, puede satisfacer el deseo infinito del corazón humano, y por esta razón el Hijo de Dios quiso convertirse en nuestro hermano y redentor.

⁵ Cfr. *De incarnatione*, 54, *Contra Arianos*I, 39; 42; 45; II, 59 y siguientes.

⁶ San Agustín, *Confesiones*, 1.

⁷ Santo Tomás de Aquino, *In Symbolum Apostolorum*, a. 12.

8. Hemos dicho que Nicea rechazó claramente las enseñanzas de Arrio. Pero Arrio y sus seguidores no se rindieron. El propio emperador Constantino y sus sucesores se alinearon cada vez más con los arrianos. El término *homooúsiosse* convirtió en un motivo de controversia entre nicenos y antinicanos, desencadenando así otros serios conflictos. San Basilio de Cesarea describe la confusión que siguió con imágenes elocuentes, comparándola con una batalla naval nocturna en una tormenta violenta⁸, mientras que San Hilario da testimonio de la ortodoxia de los laicos respecto al arrianismo de muchos obispos, reconociendo que "los oídos del pueblo son más santos que los corazones de los sacerdotes"⁹.

La roca del credo niceno era San Atanasio, irreducible y firme en la fe. Aunque había sido depuesto y expulsado cinco veces de la sede episcopal de Alejandría, cada vez regresó allí como obispo. Incluso desde el exilio continuó guiando al Pueblo de Dios a través de sus escritos y cartas. Al igual que Moisés, Atanasio no pudo entrar en la tierra prometida de la paz eclesial. Esta gracia se reservaba para una nueva generación, conocida como los "jóvenes nicenos": en Oriente, los tres padres capadocios, San Basilio de Cesarea (c. 330-379), a quien se le otorgó el título de "el Grande", su hermano San Gregorio de Nisa (335-394) y el mayor amigo de Basilio, San Gregorio de Nazianzo (329/30-390). En Occidente, San Hilario de Poitiers (c. 315-367) y su discípulo San Martín de Tours (c. 316-397) fueron importantes. Luego, sobre todo, San Ambrosio de Milán (333-397) y San Agustín de Hipona (354-430).

El mérito de los tres Cappadocios, en particular, fue el de completar la formulación del Credo Niceno, demostrando que la Unidad y la Trinidad en Dios no son en absoluto contradictorias. En este contexto, el artículo de fe sobre el Espíritu Santo fue formulado en el Primer Concilio de Constantinopla en 381. Así, el Credo, que desde entonces se ha llamado Niceno-Constantinopolitano, dice: "Creemos en el Espíritu Santo, que es Señor y dador de vida, y procede del Padre. Con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado, y ha hablado a través de los profetas"¹⁰.

Con el Concilio de Calcedonia en 451, el Concilio de Constantinopla fue reconocido como ecuménico y el Credo niceno-constantinopolitano fue declarado universalmente vinculante¹¹. Por tanto, constituyó un vínculo de unidad entre Oriente y Occidente. En el siglo XVI, las comunidades eclesiales que surgieron tras la Reforma también la mantuvieron. El Credo niceno-constantinopolitano resulta así ser la profesión común de todas las tradiciones cristianas.

9. El camino que llevó desde la Sagrada Escritura hasta la profesión de fe en Nicea, luego a su recepción por Constantinopla y Calcedonia, y de nuevo hasta los siglos XVI y nuestro XXI, ha sido largo y lineal. Todos nosotros, como discípulos de Jesucristo, "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", somos bautizados, hacemos la señal de la cruz y somos bendecidos. Concluyamos cada vez la oración de los salmos en la Liturgia de las Horas con "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo." Por tanto, la liturgia y la vida cristiana están firmemente ancladas en el Credo de Nicea y Constantinopla: lo que decimos con la boca debe venir del corazón, para ser testificado en vida. Por tanto, debemos

⁸ San Basilio, *De Spiritu Sancto*, 30. San Hilario, *Contra Arianos, Vel Auxentium*, 6. Consciente de las voces de los Padres, el erudito teólogo, luego Cardenal y ahora Santo y Doctor de la Iglesia, John Henry Newman (1801-1890), investigó esta disputa y llegó a la conclusión de que el Credo Niceno estaba protegido sobre todo por el *sensus fidei* del Pueblo de Dios.

⁹ San Hilario, *Contra Arianos, Vel Auxentium*, 6. Consciente de las voces de los Padres, el erudito teólogo, luego Cardenal y ahora Santo y Doctor de la Iglesia, John Henry Newman (1801-1890), investigó esta disputa y llegó a la conclusión de que el Credo Niceno estaba protegido sobre todo por el *sensus fidei* del Pueblo de Dios.

¹⁰ DH150. La afirmación "y procede al Padre y al Hijo (*Filioque*)" no se encuentra en el texto de Constantinopla; fue insertada en el Credo Latino por el Papa Benedicto VIII en 1014 y es objeto de diálogo ortodoxo-católico.

¹¹ DH300.

preguntarnos: ¿qué ha sido de la recepción interior del Credo hoy en día? ¿Sentimos que también afecta a nuestra situación actual? ¿Entendemos y vivimos lo que decimos cada domingo, y qué significa lo que decimos para nuestras vidas?

10. El Credo Niceno comienza profesando la fe en Dios, el Todopoderoso, el Creador del cielo y la tierra. Para muchas personas hoy en día, Dios y la cuestión de Dios casi no tienen sentido en la vida ya. El Concilio Vaticano II señaló que los cristianos son al menos en parte responsables de esta situación, porque no dan testimonio de la verdadera fe y ocultan el verdadero rostro de Dios con estilos de vida y acciones alejados del Evangelio¹². Se han librado guerras, se ha matado, perseguido y discriminado personas en nombre de Dios. En lugar de anunciar un Dios misericordioso, se ha hablado de un Dios vengador que inspira terror y castiga.

El Credo Niceno nos invita entonces a un examen de conciencia. ¿Qué significa Dios para mí y cómo puedo dar testimonio de mi fe en Él? ¿Es realmente el único Dios el Señor de la vida, o hay ídolos más importantes que Dios y sus mandamientos? ¿Es Dios para mí el Dios vivo, cerca en toda situación, el Padre al que me dirijo con confianza filial? ¿Es el Creador a quien debo todo lo que soy y tengo, cuyos rastros puedo encontrar en cada criatura? ¿Estoy dispuesto a compartir los bienes de la tierra, que pertenecen a todos, de manera justa y equitativa? ¿Cómo trato la creación, que es obra de sus manos? ¿La uso con reverencia y gratitud, o la exploto, la destruyo, en lugar de preservarla y cultivarla como el hogar común de la humanidad?¹³ [13]

11. En el corazón del Credo niceno-constantinopolitano se encuentra la profesión de fe en Jesucristo, nuestro Señor y Dios. Este es el corazón de nuestra vida cristiana. Por eso nos comprometemos a seguir a Jesús como Maestro, compañero, hermano y amigo. Pero el Credo Niceno pide más: de hecho, nos recuerda no olvidar que Jesucristo es el Señor (*Kyrios*), el Hijo del Dios viviente, que "por nuestra salvación bajó del cielo" y murió "por nosotros" en la cruz, abriéndonos el camino a una nueva vida con su resurrección y ascensión.

Por supuesto, seguir a Jesucristo no es un camino amplio ni fácil, pero este camino, a menudo exigente o incluso doloroso, siempre conduce a la vida y a la salvación (cf. *Mt*7:13-14). Los Hechos de los Apóstoles hablan del nuevo camino (cf. *Hechos*19:9, 23; 22:4, 14-15, 22), que es Jesucristo (cf. *Jn*14:6): seguir al Señor nos implica en el camino de la Cruz, que mediante el arrepentimiento nos conduce a la santificación y divinización¹⁴.

Si Dios nos ama con todo su ser, entonces nosotros también debemos amarnos unos a otros. No podemos amar a Dios, a quien no vemos, sin amar también al hermano y a la hermana que vemos (cf. *1 Jn*4:20). El amor a Dios sin amor al prójimo es hipocresía; el amor radical al prójimo, especialmente el amor a los enemigos sin amor a Dios, es un heroísmo que nos sobrepasa y oprime. Siguiendo a Jesús, el ascenso a Dios pasa por el descenso y la dedicación a nuestros hermanos y hermanas, especialmente a los más pobres, los más pobres, los abandonados y los marginados. Lo que hicimos con los más pequeños, lo hicimos a Cristo (cf. *Mt*25:31-46). Frente a catástrofes, guerras y miserias, solo podemos dar testimonio de la misericordia de Dios hacia quienes dudan de Él cuando experimentan su misericordia a través de nosotros¹⁵.

¹² Conc. Ecum. IVA. II, Constitución. Pasado. *Gaudium et Spes*, 19.

¹³ Cfr. Francisco, Encyclical Letter, s. *Laudato Si'* (24 de mayo de 2015), 67; 78; 124.

¹⁴ Cfr. Id., Exort. Ap. *Gaudete et exultate* (19 de marzo de 2018), 92.

¹⁵ Cfr. Id., Carta encíclica. *Fratelli tutti* (3 de octubre de 2020), 67; 254.

12. Finalmente, el Concilio de Nicea es oportuno debido a su elevado valor ecuménico. En este sentido, la consecución de la unidad de todos los cristianos fue uno de los principales objetivos del último Concilio, el Concilio Vaticano II¹⁶. Hace exactamente treinta años, San Juan Pablo II continuó y promovió el mensaje del Concilio en la Encíclica *Ut Unum Sint* (25 de mayo de 1995). Así, con el gran aniversario del Primer Concilio de Nicea, también celebramos el aniversario de la primera Encíclica Ecuménica. Puede considerarse un manifiesto que actualizó los mismos fundamentos ecuménicos sentados por el Concilio de Nicea.

El movimiento ecuménico, gracias a Dios, ha logrado muchas cosas en los últimos sesenta años. Aunque la plena unidad visible con las Iglesias Ortodoxa y Ortodoxa Oriental y con las Comunidades Eclesiales que surgió de la Reforma aún no se nos ha otorgado, el diálogo ecuménico nos ha llevado, sobre la base del único Bautismo y el Credo Niceno-Constantinopolitano, a reconocer a nuestros hermanos y hermanas en Jesucristo en los hermanos y hermanas de las demás Iglesias y Comunidades Eclesiales y a redescubrir la única y universal Comunidad de los discípulos de Cristo en todo el mundo. mundo. De hecho, compartamos la fe en el único y único Dios, Padre de todos los hombres, confesemos juntos al único Señor y verdadero Hijo de Dios Jesucristo y al único Espíritu Santo, que nos inspira y nos impulsa a la plena unidad y al testimonio común del Evangelio. ¡De verdad, lo que nos une es mucho más que lo que nos separa!¹⁷ Así, en un mundo dividido y desgarrado por muchos conflictos, la única comunidad cristiana universal puede ser un signo de paz y un instrumento de reconciliación, contribuyendo decisivamente a un compromiso mundial con la paz. San Juan Pablo II nos recordó, en particular, el testimonio de los muchos mártires cristianos de todas las Iglesias y Comunidades Eclesiales: su memoria nos une y nos impulsa a ser testigos y trabajadores de la paz en el mundo.

Para llevar a cabo este ministerio de forma creíble, debemos caminar juntos para lograr la unidad y la reconciliación entre todos los cristianos. El Credo Niceno puede ser la base y el criterio de referencia para este viaje. De hecho, nos propone un modelo de verdadera unidad en la diversidad legítima. Unidad en la Trinidad, Trinidad en Unidad, porque unidad sin multiplicidad es tiranía, multiplicidad sin unidad es desintegración. La dinámica trinitaria no es dualista, como un *exclusivo o uno o otro*, sino más bien un vínculo atractivo, *unet-et*: el Espíritu Santo es el vínculo de unidad que adoramos juntos con el Padre y el Hijo. Por tanto, debemos dejar atrás las controversias teológicas que han perdido su razón de ser para adquirir un pensamiento común y aún más una oración común al Espíritu Santo, para que nos reúna a todos en una sola fe y un solo amor.

Esto no significa un ecumenismo de un retorno al Estado antes de las divisiones, ni un reconocimiento mutuo del *statu quo* actual de la diversidad de Iglesias y Comunidades Eclesias, sino más bien un ecumenismo mirando hacia el futuro, de reconciliación en el camino del diálogo, de intercambio de nuestros dones y patrimonio espiritual. El restablecimiento de la unidad entre los cristianos no nos hace más pobres, al contrario, nos enriquece. Como en Nicea, esta intención solo será posible a través de un viaje paciente, largo y a veces difícil de escucha y aceptación mutua. Es un desafío teológico y, aún más, un desafío espiritual, que requiere arrepentimiento y conversión por parte de todos. Para esto necesitamos un ecumenismo espiritual de oración, alabanza y adoración, como ocurrió en el Credo Niceno y Constantinopla.

¹⁶ Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, diciembre. *Unitatis Redintegratio*, 1.

¹⁷ Cfr. San Juan Pablo II, Encíclica Letter, s. *Ut unum sint* (25 de mayo de 1995), 20.

Por tanto, invoquemos al Espíritu Santo, para que nos acompañe y guíe en esta obra. Espíritu Santo de Dios, guías a los creyentes por el camino de la historia. Os damos gracias porque habéis inspirado los Símbolos de la Fe y porque despertais en nuestros corazones la alegría de profesar nuestra salvación en Jesucristo, el Hijo de Dios, consustancial con el Padre. Sin Él no podemos hacer nada. Tú, Espíritu eterno de Dios, de época en época rejuvenece la fe de la Iglesia. Ayúdanos a profundizarlo y siempre volver a lo esencial para proclamarlo. Para que nuestro testimonio en el mundo no sea inerte, ven, Espíritu Santo, con tu fuego de gracia, para revivir nuestra fe, para encendernos con esperanza, para encendernos con caridad. Ven, oh divino Consolador, tú que eres armonía, para unir los corazones y las mentes de los creyentes. Ven y concédanos probar la belleza de la comunión. Venid, amor del Padre y del Hijo, para reunirnos en el mismo rebaño de Cristo. Muéstranos los caminos a seguir, para que con tu sabiduría podamos volver a ser lo que somos en Cristo: una sola cosa, para que el mundo crea. Amén.

Del Vaticano, 23 de noviembre de 2025, Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universoⁱ

LEÓN PP. XIV

ⁱ [01615-EN.01] [Texto original: inglés] – Edición: DESAFIO VIRTUAL/CR/OGLO/2025